

tar al ejército, lo cual equivale á decir que se necesitara que hubiese prudencia en todos ¡Pueril quimera! se exclamará acaso; pueril sin duda hasta el extremo de desesperar á cuantos de la experiencia quieren sacar útiles enseñanzas. No hay que desalentarse á pesar de todo. Sin duda queda poco de las lecciones de la experiencia, si, muy poco, menos de lo que se ha derramado de sangre, y de lo que se ha sentido de dolores. Pero esto poco acumulado de generacion en generacion acaba por componer lo que se denomina la prudencia de los siglos, y hace que los hombres, sin llegar á ser prudentes, pues no lo serán nunca, de fijo vayan siendo sucesivamente menos ciegos, menos injustos, menos violentos unos respecto de otros. Fuerza es perseverar de consiguiente, y buscar hasta en los sucesos más dolorosos nuevos motivos para inducir á los hombres á la razon, á la templanza, á la justicia, y aconsejárselas tambien á los partidos. Con evitar una falta, nada más que una, se debería dar por bien empleada la tarea. Y nosotros que pudimos temer el año de 1848 ver el de 1793 reproducido, y que no presenciámos nada semejante por fortuna, no perdamos la confianza en las lecciones de la historia, y démoslas siempre, á fin de que alguna vez á lo menos resulten fructuosas.

LIBRO SESENTA Y DOS Y ULTIMO.

Santa Elena.

Irritacion de los Borbones y de los generales enemigos contra Mr. Fouché, acusado de haber hecho que Napoleon logre escape.—Viaje de Napoleon á Rochefort.—Acogida que se le hace en el camino y á su llegada á dicho punto.—Prolongacion de su permanencia en la costa, con la esperanza de algun suceso imprevisto.—Por un momento le ocurre lanzarse en medio de las filas del ejército del Loira.—De seguida renuncia á tal pensamiento.—Diversos medios que se le proponen de embarque.—Napoleon acaba por desecharlos todos, y al crucero inglés envia un mensaje.—El capitán Maitland, que manda el *Belerosfonte*, al mensaje da por respuesta que carece de instrucciones, si bien supone que Inglaterra le concederá una hospitalidad digna de aquella nacion y de su persona.—Napoleon abraza el partido de pasar á bordo del *Belerosfonte*.—Acogida de que allí es objeto.—Viaje á las costas de Inglaterra.—Curiosidad extraordinaria que excita Napoleon, en el ánimo de los ingleses.—Decisiones del ministerio británico respecto de su persona.—Para su detencion queda elegida la isla de Santa Elena.—Como simple general será considerado, con centinelas de vista, y sin permitirsele más que tres compañeros de destierro.—Napoleon es trasbordado al *Northumberland* desde el *Belerosfonte*.—Su despedida de Francia y de los amigos que no pueden ir en su compañía.—Viaje por el Atlántico.—Solicitudes atenciones que á Napoleon dedican los marinos ingleses.—Sus ocupaciones durante la travesía.—Allí refiere su vida, y la empieza á dictar para escribirla toda, á instancias de sus compañeros.—Navegacion larga.—Llegada á Santa Elena á los setenta dias de viaje.—Aspecto de la isla.—Su configuracion, su su-

lo y su clima. — Desembarque de Napoleón. — Su primer establecimiento en *Briars*. — Ya en tierra, por primera vez se le somete á una vigilancia personal y continua. — Desagrado que siente de resultas. — Primeras noticias de Europa. — Vivo interés que experimenta por Ney, La Bedoyère, Lavallette y Drouot. — Napoleón es trasladado á *Longwood*, al cabo de dos meses. — Alojamiento que ocupa en este punto. — Precauciones empleadas para su custodia. — Su vida en *Longwood* y sus ocupaciones. — Muy pronto se aburre Napoleón de esta morada, y no aprecia bastante la solicitud del almirante Cockburn respecto de su persona. — A principios del año de 1816 es enviado sir Hudson Lowe en calidad de gobernador á Santa Elena. — Carácter de este gobernador y disposiciones de ánimo con que llega á la isla. — Su primera entrevista con Napoleón acompañada de incidentes desagradables. — Sir Hudson Lowe recela merecer la nota en que ha caído el almirante Cockburn de ceder á la influencia del prisionero. — Con todo rigor hace que los reglamentos sean ejecutados. — Diversas causas de incomodidades. — Indigna disputa sobre los gastos en *Longwood*. — Napoleón hace que se venda su plata. — Partida del almirante Cockburn, y llegada de sir Pulteney Malcolm en calidad de nuevo almirante. — Excelente carácter de este marino. — Sus inútiles esfuerzos por avenir á Napoleón y á sir Hudson Lowe. — Napoleón monta en cólera é insulta á este personaje. — Rompimiento definitivo. — Amargura de la vida de Napoleón. — Sus ocupaciones. — Sus explicaciones acerca de su reinado. — Sus trabajos históricos. — Fin del año de 1816. — Mr. de las Cases es expulsado de Santa Elena. — Tristeza que Napoleón experimenta de resultas. — Entrada de año en Santa Elena. — Año de 1817. — No queriendo que se le siga cuando monta á caballo, Napoleón deja de hacer ejercicio, con daño de su salud á todas luces. — Noticias que recibe de Europa. — Su familia le ofrece su fortuna y su presencia. — Napoleón rehusa ambas cosas. — Visitas de algunos ingleses, y sus conversaciones con Napoleón. — Inquieto sir Hudson Lowe por la salud de Napoleón, en lugar de brindarle con la morada de *Plantation House*, se decide á mandar que se le construya una casa nueva. — Año de 1818. — Conversaciones de Napoleón sobre materias literarias y religiosas. — Partida del general Gourgaud. — Se vé Napoleón privado sucesivamente del almirante Malcolm y del doctor O'Meara. — Motivos de la partida de este último personaje. — Napoleón se halla sin médico de resultas. — Inútiles instancias de sir Hudson Lowe para inducirle á que acepte un médico inglés. — Año de 1819. — La salud de Napoleón se deteriora por falta de ejercicio. — Se le hinchan las piernas, y una enfermedad del estómago revelan sus vómitos frecuentes. — Al fin se logra que se preste á dar algunos paseos á caballo. — Su salud mejora un poco. — Napoleón olvida su propia historia, para ocuparse en la de los grandes capitanes. — Sus trabajos acerca de César, de Turena, y de Federico el Grande. — Muy pronto empieza la salud de Napoleón á declinar de nuevo. — Dificultad de verle y de dar testi-

monio de su presencia. — Indigna tentativa de sir Hudson Lowe para forzar su puerta. — Año de 1820. — Llegada de un médico y dos sacerdotes enviados por el cardenal Fesch á Santa Elena. — Napoleón hallalos muy insuficientes, y se vale de los dos sacerdotes para que digan misa en *Longwood* todos los domingos. — Satisfacción moral de que se halla poseído. — A instancias del doctor Antomarchi, y no pudiéndose decidir á montar á caballo por no ser seguido como antes, Napoleón se dedica á la jardinería. — Trabajos que en su jardín hace personalmente, y con ayuda de sus compañeros de destierro. — Esta ocupación llena parte del año de 1820. — Con ella se repone su salud algun tanto. — Esta mejoría es transitoria. — Poco despues vuelve á sentir gran dolor de estómago, se le hinchan las piernas, sus fuerzas se debilitan mucho y decae rápidamente. — Satisfacción que experimenta al ver que se acerca al sepulcro. — Su testamento, su agonía, su muerte el 5 de mayo de 1821. — Sus funerales. — Apreciación del carácter y del génio de Napoleón. — Su carácter natural y su carácter adquirido bajo la influencia de los sucesos. — Sus cualidades privadas. — Su génio como legislador, como administrador, como capitán. — Lugar que ocupa entre los grandes hombres de guerra. — Progresos del arte militar desde los antiguos hasta la revolución francesa. — Alejandro, Anibal, César, Carlomagno, los Nassaus, Gustavo Adolfo, Condé, Turena, Vauban, Federico el Grande. — Hasta qué punto elevó Napoleón el arte militar. — Paralelo entre Napoleón y los principales hombres de guerra de todos los siglos, bajo el aspecto del conjunto de los talentos y de los destinos. — Enseñanza que resulta de su vida. — Fin de esta historia.

A vueltas del júbilo que experimentaban de resultas de su entrada en la capital de Francia, así los Borbones como los representantes de las cortes extranjeras sintieron de pronto un pesar vivo al saber que Napoleón había logrado escape. Ni unos ni otros se creían seguros si el gran perturbador de la tierra quedaba libre, y turbados como estaban aun, no sabían si tendria que ser un sacrificio debido á la seguridad general el de su muerte. A Mr. Fouché se imputaba el contratiempo de evasión semejante, y ya se daba al olvido que acababa de entregar las puertas de París, para reconvenirle amargamente por no haber entregado la

persona de Napoleon de igual modo, lo cual daba margen á decir que hacia traicion á todos los partidos. Asi los Borbones y los aliados pasaron de una predileccion extremada á un violentisimo desenfreno contra su favorito de estos últimos dias. Solamente el duque de Wellington y Mr. de Talleyrand se atrevieron á salir á su defensa, diciendo que les habia abierto las puertas de París al cabo, y que si la evasion de Napoleon era la condicion de este servicio, no habia por qué lamentarse en gran manera. A pesar de sus reflexiones sensatas, se mostró grande cólera en el palacio de las Tullerías, y llamado Mr. Fouché á presencia del rey la misma noche de su entrada, esto es, el 8 de julio, no se atrevió á sostener la buena accion á que habia dado cima dos dias antes, reiterando la orden de que se obligara á Napoleon á salir de Rochefort sin demora. Al revés, defendióse humildemente, y á instancias de Luis XVIII prometió hacer cuanto estuviera á su alcance para tornar á prender por tierra ó por mar al formidable fugitivo. Sin embargo, lejos de cumplir su palabra, al volver al ministerio de la Policía, no despachó ningun correo, dejando así en todo vigor sus órdenes anteriores. Cuando se tiene valor para obrar bien se debería mostrar orgullo. Con todo, siempre vale mejor proceder en tal sentido, aun cuando por debilidad ó por interés no existan fuerzas para tenerlo á gala.

Napoleon habia salido de la Malmaison el dia 29 de junio. Se sentia un calor sofocante, y taciturnos y sumidos en honda tristeza los compañeros de Napoleon respetaban su silencio. Llegado á Rambouillet quiso pasar allí la noche, para tomar

descanso, segun sus palabras, si bien en realidad para alejarse lentamente de aquel trono, de que acababa de bajar para sufrir el mas horroroso cautiverio. Un sentimiento, una simple reflexion de aquellos hombres que ante los ejércitos enemigos se habian privado de su espada, le podian restituir el mando, y lo tenia en mayor estima que el mismo trono. Despues de esperar la noche, y la mañana del 30 de junio, se volvió á poner en camino á medio dia, por Tours pasó al dia siguiente 1.º de julio, y tras de hablar algunos instantes con el prefecto, se dirigió hácia Poitiers, fuera de la ciudad estuvo durante las horas de gran calor, al cruzar por Saint-Maixens vióse expuesto á algun peligro entre el populacho vendéano, y á Niort llegó por la noche, sin pronunciar una sola palabra en tan larga travesía. Reconocido en esta ciudad fué objeto de interés muy ardiente, pues, segun el lenguaje del pais, la poblacion era azul por odio á los blancos de que estaba rodeada. En Niort habia tropas imperiales de las enviadas al terreno para contener á los insurgentes, y por tanto Napoleon se hallaba allí en seguridad completa. Pronto la pequeña hostería, donde se apeó del carruaje, se vió rodeada de soldados, de gentes del pueblo y de campesinos, gritando *viva el emperador!* y pidiendo verle con instancia. A pesar de su poca aficion á ponerse de manifiesto, al cabo hubo de consentir en asomarse á una ventana, y su presencia excitó aclamaciones, que por un instante dilataron su corazón profundamente comprimido. — ¡Quedaos con nosotros! se gritaba por todas partes, no sin añadir á estos gritos la promesa de defenderle cumplidamente. — En persona fué el pre-

fecto á suplicarle que se hospedara en la prefectura, y se tuvo que rendir á tales testimonios, bien desinteresados á todas luces. Así pasó en Niort el día 2 de julio, en medio de una emoción inexplicable, de que participaba su alma, y de que no tenía deseos de eximirse de ningún modo. Sin embargo, siempre respetuoso y deferente el general Beker hasta lo sumo, á la mañana del 3 de julio le hizo comprender el peligro de aquellas lentitudes, puesto que la rada de Rochefort podía ser bloqueada de un momento á otro, y entonces le sería imposible trasladarse á los Estados Unidos. Por fin decidióse á la partida, no obstante la pena que sentía de abandonar una ciudad tan amigable y hospitalaria. De allí se alejó triste, y ocultando entre las manos su rostro vivamente conmovido, y con escolta de la caballería, que le siguió tan lejos como lo permitieron las fuerzas de sus caballos. A Rochefort llegó el 3 de julio por la noche.

Mr. de Bonnefoux, prefecto marítimo, comprendía como el general Beker sus deberes. Al gobierno quería prestar obediencia, si bien conservando á la par todos los respetos debidos al grande hombre á quien la fortuna acababa de poner á su merced por espacio de algunos días. De los mismos sentimientos que la población de Niort participaba la de Rochefort hacia su persona. Verdaderamente estaba obligada respecto de Napoleon, que había mandado ejecutar vastas obras en su territorio, y en su seno encerraba una multitud de marinos recién salidos de las cárceles de Inglaterra. Además había en Rochefort un batallón de marina, sobre la isla de Aix acuartelado, una guarnición numerosa, mil quinientos guardias nacionales de preferencia, mucha

gendarmería para reprimir á los realistas, y por consiguiente los medios todos de proteger al emperador caído, y hasta de darle apoyo en una temeridad postrera. Divulgada la noticia de la llegada de Napoleon el 4 de julio por la mañana, se agruparon los habitantes debajo de sus balcones, y pidieron verle con porfía, y tan luego como se asomó por satisfacer sus deseos, le saludaron con frenéticos gritos de *viva el emperador!* Enternecido por extremo de tal acogida, les dió gracias con las manos, y sosegado por el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, seguro de que entre gentes con tan buenas disposiciones de ánimo no corría ningún peligro, se determinó á permanecer allí algunos días, mientras reflexionaba acerca del partido que debía adoptar con madurez y detenimiento. Sacrificio cruel por extremo le parecía abandonar definitivamente el suelo de Francia, y ahora ya para siempre. No concebía que á la vista de la Europa en armas, hasta con el título de simple general hubiesen rehusado su ayuda los hombres que tenían á cargo el gobierno. Interiormente se decía que al último instante quizá razonaría el ejército de distinto modo, y á semejanza del reo de muerte se asia á las menores y hasta á las más inverosímiles esperanzas. Semejante disposición de ánimo le debía inducir á perder tiempo, como que lo perdido sobre la costa de Francia podía ser ganado, originando un accidente imprevisto, tal como ese acto de desesperación de las tropas, que le llamaban nuevamente á su cabeza.

No obstante si el transcurso del tiempo suministraba alguna eventualidad en favor suyo, cosa muy poco probable, en cambio le quitaba todas

las de eludir la vigilancia de los ingleses, y de librarse de un duro cautiverio. Efectivamente era imposible que los numerosos emisarios en comunicacion continua con la escuadra inglesa no dieran á conocer la llegada de Napoleon á Rochefort y no hicieran que se estrechara el bloqueo de la costa. Hasta el dia 29 de junio apareció el crucero poco numeroso y aun bastante lejano, pero desde tal fecha se acercó más á los dos canalizos, el Breton y el de Antioquia, por los cuales se comunica Rochefort con el mar. En la rada y listas para hacerse á la primera señal á la vela se hallaban las fragatas *Saale* y *Medusa*, de construccion reciente, reputadas por ser las de mejor marcha entre la marina francesa, y montadas por tripulaciones excelentes y adictas del todo. Por las ordenes del gobierno provisional últimamente renovadas se mandaba obedecer á Napoleon, y trasladarle á donde fuera de su agrado, menos á las costas de Francia. Marino experto y fiel á sus deberes era el capitán Philibert, gefe de la fragata *Saale*, y que tambien tenia bajo sus ordenes la otra, si bien menos osado que su segundo el capitán Ponée, gefe de la *Medusa*, y resuelto á intentar todo por llevar á Napoleon á tierra libre. Como deber exigido por la desgracia y la gloria de Francia lo consideraba este oficial bizarro, que en Napoleon veíalas simbolizadas, no pareciéndote ménos glorioso por ser actualmente el vencido de Waterloo.

Inmediatamente de llegado, Napoleon quiso que por un consejo de marina se examinaran los diversos partidos adoptables para evitar el crucero inglés y salir á alta mar. A este consejo citó el prefecto marítimo á los marinos más experimenta-

dos del país, y entre otros al almirante Martin, veterano oficial de la guerra de América, muy descuidado bajo el imperio, si bien se portaba en esta coyuntura como si le hubiera colmado siempre de favores. A pesar de la aproximacion del crucero inglés, por muy veleras estaban reputadas las dos fragatas, y una vez traspuestos los canalizos, no se dudaba de que burlarian toda persecucion del enemigo. Mas para tal empresa necesitaranse vientos favorables, y por desgracia los vientos soplaban obstinadamente contrarios. Cierta capitán de un buque danés, que, siendo francés de nacimiento, se habia visto en la necesidad de entrar al servicio de Dinamarca, por falta de empleo en su patria, se ofrecia á llevar á Napoleon á América, y á ocultarle de forma que no le pudieran descubrir los ingleses. Solo demandaba que se indemnizara á sus armadores de los perjuicios que les pudiesen resultar de expedicion semejante. Todo anunciaba la completa buena fé de este valiente, si bien repugnaba á Napoleon meterse en la cala de un buque neutral, y arriesgarse á ser sorprendido en una posicion poco digna de su persona. Al almirante Martin ocurrióle otra combinacion distinta. En las bocas del Gironde habia una corbeta bien armada, y montada por un oficial de nada comun osadia, el capitán Baudin, despues almirante, que ya habia perdido un brazo en el fuego, y era capaz de los actos más temerarios. Fácil era sin duda remontar del Charente al Sendre en una canoa bien armada, y hacer luego por tierra una travesía de pocas leguas, y llegar á Royan, donde Napoleon podia efectuar su embarque. Atrayendo entonces el Gironde mucho menos la atencion de los ingleses

que el Charente, gran probabilidad habia de salir á alta mar, y de que á las playas de América arribara Napoleon sano y salvo.

Esta combinacion ingeniosa pareció del gusto de Napoleon, y sin adoptarla definitivamente, se convino en examinar si era practicable. Entretanto podian soplar vientos propicios, y tampoco era imposible que del duque de Wellington se recibieran los salvo-conductos demandados. Pretextos especiosos eran todos para perder tiempo, y pretextos que halagaban á Napoleon mucho más de lo que se figuraba personalmente. A la sazón acababa de llegar á Rochefort su hermano José tras de correr varios peligros. De paso habia hallado las columnas del ejército francés en marcha hácia el Loira, y oido los discursos de la mayor parte de los gefes, cuya mayoría solicitaba con instancia que Napoleon se volviera á poner á su cabeza, y que prolongando la guerra tratara de apelar del desastre de Waterloo á algun suceso venturoso, posible siempre bajo su mando.

Fuertemente agitaron á Napoleon tales nuevas, y con fundamento sin duda. Cierto estaba de que, aproximándose á las provincias del Oeste, reunido el ejército francés á las tropas aquí enviadas, se debia elevar á ochenta mil hombres; de que situado detrás del Loira tendria sobrados medios de disputar esta línea á los enemigos, que se debilitarian á medida que se internaran en Francia, y de que, peleando con la desesperacion del año precedente, aun podia alcanzar alguna victoria fecunda en resultados. Perdidos por perdidos, teniendo á Napoleon á su cabeza los mas comprometidos gefes militares, nada mejor podian hacer que aventurar

este postrer esfuerzo, que á sus ojos y á los de la nacion tendria por excusa el deseo de arrancar á Francia de manos del extranjero.

Napoleon se puso á contrapesar las diversas eventualidades que se presentaban todavía, y aun cuando, siempre que emprendia este asunto, le animaba muy vivo ardimiento, con la reflexion se le desvanecia muy pronto. Para lanzarse á tal aventura, lo debiera hacer en Paris, cuando aun tenia en sus manos el poder y á su disposicion todos los recursos de Francia. Pero ahora que habia ya abdicado, y abandonado el poder legal, y que enfrente de los Borbones vueltos á Paris no seria más que un rebelde, y que retirado detrás del Loira hallaria dividida á Francia, no solo moralmente como antes de abdicar la corona, sino tambien materialmente, nulas habian ya venido á ser las probabilidades de buen suceso. Ciertamente haria que durase la lucha, si bien cubriendo el país de ruinas, y extendiendo los horrores de la guerra desde las provincias del Norte, únicas trabajadas hasta el presente por sus destrozos, á las del centro y el Mediodía, que solo por la conscripcion los habian experimentado. Así Napoleon se dijo interiormente que ya era sobrado tarde, y que para tentar un golpe á la desesperada, al tiempo de su llegada á Paris lo debió poner por obra, disolviendo el mismo dia la Cámara de representantes. Sin embargo, Napoleon no podia arrancar de raíz de su mente la idea de una postrera tentativa. No bien la descartaba por algunos momentos, se reproducia más animada por el mismo abandono, y por el horror de la situacion que vislumbraba en perspectiva no lejana. De esta suerte dejó trascur-

rir los días 5, 6 y 7 de julio como en traza de examinar los diversos medios propuestos para su embarque, y de aguardar que soplaran vientos propicios, y realmente no empleando el tiempo sino en desechar y volver á persistir sucesivamente en la resolución de pasar á las filas del ejército del Loira, resolución que, de ser llevada á cabo, se resentiría de funesta en mayor grado que la que le trajo de la isla de Elba, y que, según todas las verosimilitudes, no diera otro resultado que el de añadir un nuevo y más horroroso desastre al desastre inmenso de Waterloo.

Apesarado contemplaba el digno general Beker á Napoleon dar largas al tiempo, no atreviéndose á cargar con la responsabilidad de echar por decirlo así fuera del territorio al hombre que, á pesar de sus muchos desaciertos, tantos títulos tenía á los ojos de todo francés ilustrado y patriota. Con todo, no eran ya posibles las dilaciones, pues dictaba la razón que la seguridad de Napoleon se comprometía más y más al transcurso de cada hora, fuera de que las órdenes procedentes de París no permitían la elección en punto á seguir esta ó la otra conducta. Efectivamente, lo mismo el gobierno provisional en cuerpo que el ministro de Marina Decrés, perseverante en la fidelidad respecto de su antiguo soberano, al general Beker repetían que era forzoso hacer partir á Napoleon y no menos por su propio interés que por el del Estado, y que la prolongación de su presencia sobre las costas francesas hacía las negociaciones de paz más dificultosas, y á los ingleses daba espacio para estrechar más el bloqueo. Al instar el ministro de Marina al general Beker sobre que apresurase la

partida de Napoleon, le autorizaba para hacer uso, no solo de las fragatas, sino de todos los buques disponibles en Rochefort y sin cuidarse del interés de sus dueños para nada. Lo que no decía el ministro, y el general Beker adivinaba perfectamente, era que el gobierno provisional ya no tenía más que muy contadas horas de vida, y que el gobierno que le sucediera en el mando, sin duda expediría nuevas órdenes y probablemente más rigurosas para la persona del emperador caído.

En la mañana del 8 de julio á Napoleon dió cuenta el general Beker de las instancias del gobierno provisional, instancias sinceras é inspiradas por los motivos más honrosos. Le hizo notar hasta qué punto se aumentaba la dificultad de salvar el crucero inglés de día en día, y por último no le disimuló su más grave recelo de que llegaran nuevas órdenes antes de mucho, porque, según todos los visos, el gobierno provisional iba á ser derrocado en provecho de la emigración victoriosa. De tanto peso eran estas razones que Napoleon no opuso la objeción más leve, y dispuso que se apresurara todo para trasladarse á la isla de Aix en el curso del mismo día.

Con efecto, por la tarde subió al carruaje, para dirigirse á Fouras, en la rada de la isla de Aix y junto al desagüe del Charente. Noticiosa la población de su partida, se agrupó al paso, y acompañóle con los gritos de *viva el emperador!* Todos los corazones estaban muy vivamente conmovidos, y lágrimas corrieron de los ojos de muchos ancianos, cuyos rostros aparecían curtidos por el mar y la guerra. Participando Napoleon de la emoción con que saludaban su infortunio, con la mano les

dirigió muy expresivos adioses, y partió al cabo. Tras de su coche iban muchos con sus compañeros de viaje, y á orillas del mar llegaron todos á la caída de la tarde. No soplabá el viento deseado, y sin embargo, en lugar de trasladarse á la isla de Aix, prefirió Napoleón dormir á bordo de la fragata *Saale*, con el objeto de poder aprovechar la primera brisa favorable. Allá fué con las lanchas de las fragatas, y á bordo de la *Saale* se le recibió con profundo respeto. Nada estaba aun prevenido para su persona, y se acomodó como le fué posible dentro de este buque, destinado al parecer á conducirle á las playas americanas.

Napoleon visitó la isla de Aix al día siguiente, á causa de perseverar los mismos vientos. Allí fué con su comitiva y á bordo de las lanchas de las fragatas. Todos los moradores acudieron al sitio del desembarque, y le acogieron con sentidas aclamaciones. Revista pasó al regimiento de marina, compuesto de mil quinientos hombres, con los cuales se podía contar de seguro. A Napoleon hicieron oír los gritos calorosamente repetidos de *viva el emperador!* con el grito aún más significativo de *¡al ejército del Loira!* Napoleon dióles gracias por estas muestras de adhesion á su persona, y fué á visitar las inmensas obras ejecutadas bajo su reinado para la seguridad de esta gran rada. Siempre seguido por la poblacion y las tropas se volvió al muelle del embarcadero, y se fué á dormir á bordo de las fragatas.

Al día siguiente era forzoso decidirse en fin por uno ú otro partido. El prefecto marítimo se presentó con nuevos despachos dirigidos al general Beker desde Paris y llegados recientemente. Estos eran

más formales que los anteriores, pues quitaban toda esperanza de obtener los salvo-conductos solicitados, y prescribían la partida inmediata, y autorizaban nuevamente la expedicion de las fragatas á todo riesgo, ó en el caso de parecer las fragatas demasiado visibles para engañar la vigilancia del enemigo, de un aviso de buena marcha, que trasladara á Napoleon adonde fuera de su agrado, menos á parte alguna de las playas francesas. En un solo punto modificaban estos despachos el contenido de los anteriores. Hasta lo presente, concibiendo la posibilidad de que Napoleon se sintiera inclinado á confiarse á los ingleses, por miedo de que se le acusara de traicion, el gobierno provisional habia vedado que se le diese ayuda. Ahora, empezando á creer el mismo gobierno, de resultas de las pasiones efervescentes ante sus ojos, que Napoleon correria menos peligro en poder de Inglaterra que en manos de la emigracion victoriosa, se autorizaba para entrar con el crucero inglés en comunicaciones, prévia instancia de Napoleon y escrita de su puño, de forma que á nadie pudiera imputar mas que á sí propio las consecuencias de su determinacion en tal sentido.

Ya no habia que titubear á la vista de estas instrucciones, y se necesitaba adoptar una resolucion cualquiera. El capitán francés Besson, gefe del buque danés neutral y ya citado, aun persistia en su oferta, seguro de esconder á Napoleon de modo que no le pudieran descubrir los ingleses; pero á Napoleon repugnábale de continuo tal forma de escape. No se habia facilitado mas la partida con las fragatas, aun cuando el viento soprase menos contrario, y en la duda se envió una em-

barcacion á fin de reconocer los diversos pasos y la posicion que alli ocupaban los ingleses. Asimismo volvi6se á tratar de la proposicion ingeniosísima del veterano almirante Martin y consistente en remontar el Sendre con botes, en atravesar á caballo la lengua de tierra, que separa el Charente del Gironda, y en trasladarse á bordo de la corbeta del capitán Baudin de seguida. A este último fué despachado un oficial para que adquiriese los datos necesarios; y por no descuidar ninguno de los arbitrios propios á salir de situacion tan embarazosa, á Napoleon ocurri6le enviar al crucero inglés uno de los amigos que iban en su compañía, para saber si por casualidad le habian llegado los salvo-conductos de París aun no remitidos, y especialmente si se abrigaban disposiciones á acogerle de un modo decoroso y tranquilizador al propio tiempo. En lo íntimo de su alma Napoleon propendia mas á acabar por medio de un acto de confianza respecto de la nacion británica que por virtud de una temeridad de éxito poco probable y procurado de manera muy poco en armonía con su gloria. Si se le descubria escondido en la cala de un buque, sus enemigos tendrian el doble gozo de capturarle y de sorprenderle en una posicion tan poco digna de su persona. Si se le prendia despues de un combate de fragatas, se diría que tras de hacer que por su ambicion se derramara tanta sangre, de nuevo la hacia verter con el fin de ponerse en salvo, y tanto de un modo como de otro se tendrian sobre su persona los derechos de la guerra. Bajo la suposicion de que al fin ganara las playas de América sin contratiempo alguno, seguro estaba de ser recibido cordialmente, porque go-

zaba allí de popularidad suma, pero no lo estaba tanto de que se le sabria defender contra las reivindicaciones de Europa, que no dejaria de reclamar la entrega de su persona con amenazas, y hasta de exigirla en caso de necesidad por la fuerza. ¿Y despues de llenar el Viejo Mundo con los horrores de la guerra, los habia de llevar al Nuevo? Aun cuando soñara con una vida tranquila y libre en el seno de la vasta naturaleza americana, sagacidad tenia de sobra para fiar en que el Viejo Mundo le dejara este asilo, sin ir á buscarle allí á todo trance. Por consiguiente preferia dirigirse á los ingleses, y probar á tocarles en el honor por virtud de un gran acto de confianza, entregándose á ellos sin verse forzado á dar este paso, y aspirando á obtener de su generosidad un asilo apacible y respetado. Habiéndose dado á Luis XVIII y á cuantos príncipes lo habian pedido. ¿Le habian de negar á él únicamente lo otorgado á tantos varones ilustres caidos en desgracia? A la verdad no era un refugiado inofensivo como Luis XVIII; pero contrayendo en nombre de su honor y de su gloria el empeño de no perturbar ya el reposo del mundo, ¿no se podria obtener que se diera fé á su palabra? Además, sin constituirle precisamente cautivo, precauciones se podian adoptar en su contra y con su asentimiento que calmaran las inquietudes de Europa. Si salia con la demanda, á colmo llegarian sus deseos, al menos los que le era lícito abrigar en su angustia, pues aunque le agradase la libertad en el fondo de las soledades americanas, mas de su gusto era la vida privada en el seno de una de las naciones mas civilizadas del mundo y con el trato de los hombres

ilustrados. Actualmente le halagaba el pensamiento de renunciar á la vida agitada, y de terminar su carrera en el seno del reposo, de la amistad, del estudio. De todos modos, semejante eventualidad tan halagueña á su mente, bien valia la pena de una tentativa, y así encargó á Mr. de las Cases, que hablaba inglés, y al duque de Rovigo, que poseia toda su confianza, ir á bordo del *Belerofonte*, sobre el cual flotaba la insignia del gefe de la estacion inglesa, con el fin de que allí recogieran los informes necesarios.

En la noche del 9 al 10 de julio, Mr. las Cases y el duque de Rovigo se trasladaron sobre un buque ligero á bordo del *Belerofonte*. Allí fueron recibidos por el capitán Maitland, gefe del crucero, con suma cortesía, á la par que con una reserva nada propia á ilustrarles en punto á las intenciones del gobierno británico relativamente á su demanda. De los últimos sucesos nada sabia el capitán Maitland mas que el éxito de la batalla de Waterloo; y así la partida de Napoleon como su presencia en Rochefort le cogieron absolutamente de nuevas. No habia recibido salvo-conductos, y de aqui resultaba naturalmente que detendria á todo buque de guerra, que tratara de forzar el bloqueo, y que sobre todo buque neutral que aspirara á eludirlo de un modo ó de otro, se apresuraria á ejercer el derecho de visita. En cuanto á la persona de Napoleon no tenia orden ni prohibicion de recibirle á bordo, por no hallarse previsto este caso. Pero que era cosa muy sencilla recibirle en su buque, pues siempre se recibe á un enemigo rendido, y no dudaba que la nacion inglesa trataria al antiguo emperador de los franceses con los mira-

mientos debidos á su gloria y á su grandeza pasada. Sin embargo, sobre este punto, no podia contraer ningun empeño, por carecer absolutamente de instrucciones para caso tan extraordinario y de prevision tan dificultosa. Por lo demás el capitán Maitland ofrecia consultar á su gefe el almirante Hotham, que cruzaba sobre la rada de Quiberon por entonces. Los dos enviados de Napoleon accedieron á tal propuesta, y se retiraron satisfechísimos de la cortesía del comandante de la estacion de los ingleses, aunque muy poco enterados acerca de lo que se podia esperar de la generosidad de su gobierno. Les siguió el capitán Maitland con el *Belerofonte*, y fué á recalar en la rada de los Bascos, segun su dicho, para estar mas en actitud de proseguir las comunicaciones entabladas.

Napoleon oyó la relacion del duque de Rovigo y de Mr. de las Cases el 11 de julio, relacion muy vaga, segun se ha visto, no alarmante sin duda, pero tampoco muy tranquilizadora en punto á las resultados de un acto de confianza respecto de Inglaterra. El oficial enviado á reconocer los canales declaró que estaban mas cerca los ingleses y mas vigilantes que nunca, y que lo de pasar por entre sus cruceros sin ser vistos al golpe, casi rayaba en lo imposible. Por tanto ya no quedaba otro arbitrio que el paso á viva fuerza, y para llevarlo á cabo la dificultad verdadera estaba en el *Belerofonte*, que habia ido á tomar posicion sobre la rada de los Bascos. Este era un navío viejo de setenta y cuatro cañones y de mediana marcha, y así no ofrecia un obstáculo insuperable á dos fragatas nuevas del todo, bien armadas, montadas por tripulaciones muy adictas, y veleras hasta lo

sumo. No habia para qué hacer caso de los demás buques de la estacion inglesa por su debilísima traza. Además en la rada habia una corbeta y varios barcos pequeños de que se podia hacer uso, y no perdiendo instante, y obrando con audacia, verosimilmente se lograría traspasar el bloqueo á viva fuerza.

A los dos capitanes, que mandaban las fragatas *Saale* y *Medusa*, se dirigió Napoleon para saber lo que pensaban de tentativa semejante. Variables se habian hecho los vientos, y así la dificultad del tiempo no era ya de tanto bulto. Esta situacion apurada dió márgen á una proposicion heroica del capitan Ponée, gefe de la *Medusa*. Firmemente sostuvo que se lograría salir á alta mar con un acto de abnegacion á que estaba pronto, y respondiendo del buen suceso. Segun su dicho, á la puesta del sol levaria anelas, por ser hora en que generalmente sopla una brisa favorable para la salida: se iria á acoderar con el *Belerofonte*, le daria un encarnizado combate, y sacrificando la *Medusa*, se mantendria sobre su costado hasta dejarle de modo que le fuera imposible todo movimiento. Entretanto saldria á alta mar la fragata *Saale*, dejando tras sí ó poniendo fuera de combate á los demás débiles buques, si trataban de impedir su marcha.

Tan atrevido proyecto presentaba eventualidades casi seguras de éxito venturoso, y Napoleon reconociólo de esta suerte; pero el capitan Philibert, encargado de la parte menos peligrosa de la obra, y que por consiguiente estaba mas en aptitud de prestar oidos á las consideraciones de la prudencia, se mostró receloso de cargar con la

responsabilidad de lanzar á una pérdida casi positiva uno de los dos buques puestos bajo su mando. Solo una adhesion igual por parte de los dos capitanes hubiera podido decidir á Napoleon á aceptar el sacrificio propuesto. Cogiendo la mano al capitan Ponée, y estrechándosela afectuosamente, rehusó al fin su oferta, no sin decirle que no queria que hombres de su arrojo se sacrificaran por la salvacion de su persona, sino por el contrario que se conservasen para Francia.

Desde este momento ya no habia que pensar en las fragatas, y solo quedaba el proyecto de irse á embarcar al Gironde. De vuelta estaba el oficial enviado al capitan Baudin, y con datos favorabilísimos bajo algunos conceptos. Por declaracion del capitan Baudin, su corbeta era excelente, y respondia de salir con ella y de llevar á Napoleon adonde fuera de su agrado. Desgraciadamente la travesia por tierra casi era impracticable, pues habia que ejecutarla por entre campos, donde los realistas dominaban casi del todo. Allí los ánimos estaban alerta, y se corria el peligro de que Napoleon cayera prisionero, si iba con escasa compañía, ó de poner sobre aviso á los ingleses, si iba en compañía bastante para la defensa. Así tambien esta salida se hallaba casi cerrada, cuando la de las dos fragatas se acababa de cerrar por completo.

Al dia siguiente 42 de julio, Napoleon recibió la visita de su hermano y los despachos de Paris con la relacion de los últimos sucesos. Derribado estaba el gobierno provisional, Mr. Fouché figuraba como dueño de Paris por cuenta de Luis XVIII, y eran de temer nuevas órdenes muy hostiles. De consiguiente ya era fuerza alejarse de las playas de

Francia, sin reparar de qué manera, porque para Napoleón menos eran de temer los mismos ingleses que los emigrados victoriosos. Napoleón abandonó, pues, la *Saale*, no pudiendo ser las fragatas el medio de transporte que le condujera á otro hemisferio, y tras de recibir las calorosas despedidas de las tripulaciones, se fué á desembarcar á la isla de Aix, donde la población le acogió como los días precedentes. Al cabo se necesitaba adoptar un partido, y adoptarlo sin dilaciones. Según las últimas noticias llegadas de París, se había hecho definitivamente imposible el proyecto de remontar el Sambre en botes, y de cruzar á caballo la lengua de tierra, que separa el Charente del Gironda, pues ya la bandera blanca ondeaba en los campos. Allí estaban triunfantes los realistas, y no había esperanza de lograr escape. Sin embargo, otra proposición se hizo no menos plausible y heroica que la del capitán de la *Medusa*. Habiendo cundido el rumor de que no tendrían el honor de salvar á Napoleón las fragatas, á causa de la extremada prudencia manifestada por uno de los dos capitanes, irritados los jóvenes oficiales idearon otro medio para burlar al enemigo, apoderándose de dos quechamarines, montándolos con cuarenta ó cincuenta hombres arrojados, conduciéndolos fuera de los pasos al remo ó á la vela, y abandonándose de seguida á la fortuna de los vientos, que muy bien les podría llevar donde encontrarán un buque mercante, de que se apoderarían al punto, para obligarle á hacer rumbo á las playas americanas. Fuera de duda estaba que pasarían sin ser vistos al remo y á favor de la noche: sin embargo, contra esta nueva combinación ocurría una objeción gra-

ve, pues si en aquellas playas no se encontraba inmediatamente un buque mercante empujados serían los quechamarines hácia las playas españolas, donde se correrían los mayores peligros.

Sin embargo, acogido fué el proyecto y se autorizó á estos valientes oficiales para prevenirlo todo con el fin de ponerlo en planta. De ellos eligieron á los mas robustos y audaces, les agregaron algunos marinos escogidos, y durante la noche del 43 de julio llevaron á la cala de la isla de Aix sus dos embarcaciones. Napoleón tenía tomado su partido, é iba á tentar esta manera de escape, cuando se movió una confusión indecible en torno suyo. Allí había muchas personas, y entre ellas figuraban las familias de varios de sus compañeros de destierro. Cuantos se quedaban á la sazón sentían el dolor de la separación, y los demás el terror de una tentativa que les iba á exponer al espantoso mar del golfo de Gascuña en débiles lanchas.—A las mugeres todo se les volvía sollozos. Ante espectáculo tan aflictivo sufrió gran trastorno el alma de Napoleón, habitualmente de tan enérgico temple. Cerca de su persona se hicieron valer las diversas razones en que no se había fijado al principio, tales como la posibilidad de ser impelidos á la costa de España, donde se perecería miserablemente, si de seguida no se encontraba un buque mercante, y asimismo la grandísima probabilidad de ser descubiertos por los ingleses, que no dejarían de perseguir y apretar las dos lanchas.—Ea, dijo bajo la impresión de las lágrimas que corrían á su vista, acabemos de una vez, y entreguémonos á los ingleses, puesto que de todos modos tan escasas probabilidades tenemos de evadir-

nos de ellos.—Expresivas gracias dió á los valientes jóvenes que se brindaban á salvarle á riesgo de su vida, y determinó entregarse por sí á la marina británica al día siguiente.

Con efecto, el 14 de julio nuevamente envió comisionados á bordo del *Belerofonte* para saber qué respuesta habia recibido el capitán Maitland del almirante Hotham, su gefe, que, según dijimos, en la rada de Quiberon se hallaba de crucero por entonces. Esta comision fué asimismo á desempeñar Mr. de las Cases, bien que acompañado del general Lallemand ahora. El capitán Maitland repitió que estaba dispuesto á recibir al emperador Napoleon á bordo, aunque sin contraer ningun formal empeño, á causa de no haber habido espacio para pedir instrucciones á Londres. Nuevamente dió por seguro, bajo su opinion personal siempre, que el emperador hallaría en Inglaterra la hospitalidad que los fugitivos más ilustres habian encontrado en todos los tiempos. Al hablar así el capitán Maitland no preveía la suerte que le aguardaba á Napoleon en Inglaterra; pero á todas luces el deseo de atraer á bordo de su navío al antiguo soberano del mundo, y de estar en aptitud de conducirlo á sus compatriotas maravillados de tal captura, le impulsaba á prometer algo más de lo que esperaba realmente, pues no podía imaginar que el gobierno inglés dejara á Napoleon tan libre como á Luis XVIII. Prometiéndole de este modo más de lo que esperaba á infelices propensos á creer más de lo que se les prometía de cierto, naturalmente contribuía á producir una ilusion que distaba poco de equivaler á una mentira. Como condenado á muerte, el general

Lallemand preguntó si cabria en lo posible que Inglaterra le entregase al gobierno francés en union de otros compañeros de infortunio, que se hallaban en el mismo caso, y el capitán Maitland rechazó tal recelo como una ofensa, y sobre este punto manifestóse afirmativo de plano, lo cual demostraba que establecía alguna diferencia entre la situacion del general Lallemand y la de Napoleon, y que no se le ocultaba del todo el riesgo á que se exponia éste, al pasar á bordo del *Belerofonte*. Por lo demás, respecto de la persona del emperador caido, siempre repitió que no tenia facultades para contraer ningun empeño, y que solo se limitaba á decir como ciudadano inglés lo que presumia de la magnanimidad de su patria.

Tranquilizados por este lenguaje más de lo debido, Mr. de las Cases y el general Lallemand tornaron á la isla de Aix para comunicar á Napoleon el resultado de la comision puesta á su cargo. Les oyó atentamente, y obligado como estaba á confiarse á los ingleses, en lo que le daban por noticia, vió una razon para esperar tratamientos á lo menos soportables, únicos que se podia lisonjear de obtener á lo sumo en su situacion extremada. Sin embargo, antes de determinarse del todo, por vez postrera deliberó con el escaso número de amigos, que tenia en torno, sobre la resolucion que se iba á poner por obra. Todos los medios de evasion habian sido propuestos, examinados, y abandonados; no quedaba más arbitrio que optar entre un acto de confianza respecto de Inglaterra, ó un acto de desesperacion en Francia, dirigiéndose al ejército del Loira. De este ejército se tenían puntuales noticias; de su amarga pesadum-

bre y de su exaltacion se estaba muy al cabo, y se sabia que aún le moveria Napoleon á heróicos esfuerzos. No faltaba modo de ir á sus cantones; se tenia al regimiento de marina de la isla de Aix, compuesto de mil quinientos hombres y que habia hecho resonar el grito significativo de *¡Al ejército del Loira!*: se tenia la guarnicion de Rochefort no menos bien dispuesta, y se contaba además con cuatro batallones de federados, que ofrecian su ayuda para cuanto Napoleon intentara poner por obra. Estos diversos destacamentos formaban una fuerza de cinco á seis mil hombres, con los cuales podia Napoleon atravesar en plena seguridad la Vendée para unirse en seguida al ejército del Loira, que de esta suerte se hallara reforzado con un grueso contingente y además con la presencia de su caudillo. Pero estas facilidades no podian hacer que se echasen en olvido la gravedad de la empresa y las nuevas desventuras que se iban á acumular sobre Francia. Con efecto no existia otra probabilidad que la de prolongar estérilmente las calamidades de la guerra, para venir á parar en la misma catástrofe al cabo, con mayor efusion de sangre, y mayor agravacion de desgracia para los vencidos. Todo esto saltaba tan evidentemente á los ojos, que tras de cometer Napoleon respecto de Francia la culpa de tornar á ella, no quiso cometer la de aparecer allí por tercera vez para arruinarla del todo. De consiguiente por su cuenta y riesgo abrazó el partido de rendirse á los ingleses, y resolvió hacerlo con la grandeza adecuada á su persona, escribiendo al príncipe regente la siguiente carta, que el general Gourgaud le debia llevar á Inglaterra para ponerla en su propia mano.—

«Alteza Real: Blanco de las facciones que dividen á mi país, y de la enemistad de las más grandes potencias de Europa, he acabado mi carrera política. A semejanza de Temístocles, voy á sentarme en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes que reclamo de Vuestra Alteza Real, como la del más poderoso, del más constante y del más generoso entre mis enemigos.»

Fijamente esta carta hiciera fuerza al honor inglés en cualquier otro tiempo. Bajo la impresion de los odios y de los rencores por Napoleon inspirados, no era más que una apelacion inútil á una magnanimidad á la sazón completamente sorda. Napoleon encargó á Mr. de las Cases y Gourgaud que volvieran al *Belerofonte* y anunciaran para el día siguiente su ida á bordo, y pidieran pasaje para el general Gourgaud, portador de la carta al príncipe regente. Llegados á bordo del *Belerofonte*, estos señores produjeron allí la más viva alegría al anunciar la resolución de Napoleon, y fueron acogidos en conformidad del sentimiento que habian excitado. Se les prometió recibir al *emperador*, pues le llamaban aún de este modo, con los honores correspondientes, y trasladarle sin demora á Inglaterra en compañía de las personas que deseara llevar consigo. Al general Gourgaud se le facilitó un buque ligero, para que desempeñara su comision cerca del príncipe regente.

Llegado era para Napoleon el momento de abandonar por siempre la tierra de Francia. De la isla de Aix se dispuso á partir el 15 de julio por la mañana, y dirigió al general Beker la más tier-

na despedida.—General, le dijo, gracias os doy por vuestra conducta noble y delicada. ¿Por qué os he conocido tan tarde? Jamás os hubierais apartado de mi persona. Sed dichoso, y transmitid á Francia la expresion de los votos que hago por ella.—Al terminar estas palabras, Napoleon estrechó al general en sus brazos con la emociion mas profunda. Le quiso acompañar el general Beker hasta dejarle á bordo del *Belerofonte*, y Napoleon se opuso á ello, diciéndole de este modo:—No sé lo que me deparan los ingleses, pero, si no corresponden á mi confianza, se supondria que me habeis entregado á Inglaterra.—Esta frase, barto significativa de que al entregarse á los ingleses, no se forjaba Napoleon muchas ilusiones, seguida fué de nuevos testimonios de afecto al general Beker, el cual no podia contener el llanto. De seguida bajó á la playa en medio de los gritos y de las despedidas dolorosas de la muchedumbre, y se embarcó á la par que sus compañeros de destierro en varios botes para dirigirse á bordo del bergantin *Gavilan*. Bajo vela aguardábale el capitan Maitland, que hasta el postrer momento manifestó la ansiedad mas viva, siempre receloso de ver que se le escapase de las manos el trofeo que deseaba ofrecer á sus compatriotas. Cuando divisó al cabo el bergantin *Gavilan* haciendo rumbo hácia el navio *Belerofonte*, no disimuló su alborozo, é hizo que la tripulacion se pusiera sobre las armas, para recibir al gran vencido, que allí le iba á llevar su gloria y sus desventuras. A lo último de la escala del navio descendió para dar la mano á Napoleon, á quien calificó de *emperador*. Cuando estuvo sobre el puente le presentó su estado mayor, cual lo hubie-

ra hecho al mismo soberano de Francia. Napoleon respondió con tranquila dignidad á la cortesia del capitan Maitland, y le dijo que á solicitar la proteccion de las leyes británicas iba lleno de confianza. Por su parte repitió el capitan que nadie tendria que arrepentirse jamás de haber confiado en la generosa Inglaterra. A Napoleon estableció lo mejor que le fué posible á bordo del *Belerofonte*, y le anunció la visita del almirante Hotham para muy pronto. Con efecto, antes de mucho llegó el almirante en el *Soberbio*, y presentóse á Napoleon con las más respetuosas formas. Le rogó que se dignara visitar el *Soberbio* y comer á bordo. Napoleon admitió el convite, y á bordo del *Soberbio* fué tratado como verdadero soberano. Despues de permanecer allí algunas horas, se tornó al *Belerofonte*, á pesar del deseo manifestado por el almirante de conservarle á bordo de su navio. A bordo del *Soberbio* hallara Napoleon más cómoda cabida, pero temió afligir al capitan Maitland, que le habia dispensado las mayores atenciones, y al parecer se mostraba muy celoso de poseerle en su buque. De consiguiente se mantuvo en el *Belerofonte*, que hizo rumbo á Inglaterra.

Flojos eran los vientos, y trabajo costó ganar el canal de la Mancha, remontando las costas de Francia. Napoleon aparecia afable y sosegado, y se paseaba de continuo por el puente del *Belerofonte*, observando las maniobras y haciendo preguntas, á que los marinos ingleses respondian con suma deferencia y conservándole sus títulos todos. A la vista de su calma, y del acatamiento de que era objeto su persona, nadie hubiera podido creer